

Anales del Seminario de Historia de la Filosofía

e-ISSN 1988-2564

<https://dx.doi.org/10.5209/ashf.71611>

 EDICIONES
COMPLUTENSE

Han, B. *Muerte y alteridad*. Ed. Herder, Barcelona. 2018. 278 páginas.

Byung-Chul Han es uno de los filósofos más (re)conocidos actualmente. Formado en la Universidad de Friburgo (Alemania), estudió, además, Literatura alemana y Teología, esta última en Múnich. Es profesor de Filosofía y Estudios culturales en la Universidad de las Artes (Berlín). Por otra parte, cuenta con una gran producción filosófica en cuanto a obras publicadas, entre ellas, la que aquí nos disponemos a tratar: *Muerte y alteridad*.

Como él mismo indica en la introducción, en esta obra estudia la relación entre la muerte, el poder, la identidad y la transformación, a través del análisis de los siguientes autores. El primero que trata es Kant, tanto su ética como su estética. Aunque el Maestro de Königsberg apenas trata el asunto de la muerte, se la puede interpretar como aquello que es lo completamente distinto de la razón, la cual nunca es pasiva. Ni siquiera, según Kant, ante lo sublime se conmociona el sujeto, pues lo estimula. Pero la muerte recae sobre el sujeto, sin que este pueda actuar. Esto es, la mortalidad implica una imposibilidad de ser uno mismo.

Lévinas, por su parte, concibe la muerte como aquel “acontecimiento” en el que el sujeto ya no es dueño del acontecimiento y en relación con el cual deja de ser sujeto. Es decir, la muerte, como aquello que es completamente distinto del yo, convierte la acción del sujeto en pasividad. Aunque Lévinas dirige la atención a la dimensión interpersonal de la muerte, esto es, la trata desde una perspectiva ética.

Según Heidegger, uno de los momentos estructurales de la muerte es su ausencia de referencia, es decir, ante la muerte, fracasa todo coexistir con otros. Encontramos, por lo tanto, dos tesis antagónicas: por un lado, Heidegger, quien niega la importancia del otro en la muerte; por el otro, Lévinas, quien defiende que la muerte establece la auténtica referencia al otro y, por ende, su esencia es la referencialidad.

Sin embargo, Byung-Chul Han propone una lectura diferente a las expuestas, pues intenta tomar conciencia de que la mortalidad conduce a la serenidad y, en tanto que experiencia de la finitud, se intensifica la sensibilidad para con el no-yo: la afabilidad.

Una vez que hemos expuesto el hilo argumental de la obra, veremos, con mayor detalle, el análisis de Han sobre estos autores.

Kant, como hemos indicado más arriba, no solo contrapone la muerte a la razón (y a la vida), sino que la

concibe como el veredicto más humillante que se puede emitir sobre un ser racional pues es pasividad, frente a la actividad del sujeto. Kant entiende por “yo auténtico” aquel que es afectado solo por sí mismo, y coincide con el sujeto de la moralidad. La moralidad se expresa como acción; pues la pasión impide la libertad y el autodomnio. Es decir, la muerte también se opone a la moralidad, al igual que la empatía hacia el otro, dado que esta tampoco es acción y, además, involucra al sujeto en una heteronomía. Por lo tanto, el otro, la compasión y la muerte son totalmente incompatibles con el yo auténtico, la moralidad y la vida. En realidad, los conceptos que Kant pone en juego en estas oposiciones son los de autonomía y los de heteronomía. Kant trata de superar la muerte a través de la moral, busca lo infinito, lo cual puede verse obstaculizado por las “afecciones heterónomas” que padece el sujeto. La existencia infinita de la que habla Kant promete una aproximación infinita a una pura actividad en la que el sujeto no sea afectado por nada ajeno. Es decir, la moral kantiana quiere eliminar toda heteronomía y, con ello, al otro y a la muerte.

Según Han, la piedra de toque del análisis heideggeriano de la angustia y la muerte es el heroísmo del yo. Según el filósofo alemán, la muerte se asimila como posibilidad privilegiada de ser uno mismo. Heidegger distingue dos formas de morir: la primera es el simple final de la vida, que denomina “finar”; la segunda, aquella que se abre a la angustia, que accede a ella. Esta última la concibe como la posibilidad de “ser sí mismo”. Mientras que el temeroso solo “fina”, esto es, no es capaz de la muerte: carece de libertad para morir; el heroico, es “yo auténtico” es aquel capaz de la muerte. Aquí Heidegger entiende el temor como una heteronomía por el que se padece la muerte. Por el contrario, la existencia heroica es autónoma y se cree capaz de soportar la angustia, y la muerte. Esta muerte, por tanto, no queda definida por la pasividad, sino por la actividad. Aquellos que son incapaces de este segundo tipo de muerte pertenecen a lo que Heidegger denomina “uno impersonal”. Sin embargo, el autor surcoreano le reprocha que no tenga en cuenta al otro, sobre todo a los más cercanos, a la hora de estudiar la muerte, dado que la existencia es, esencialmente, un coexistir con otros.

Justo es este punto al que más se opone Lévinas, afirmando, precisamente, que “la muerte es el otro”. El estudio de la soledad, le lleva a Lévinas a buscar una

relación original con el otro, el cual me permita superarla. Cree que a través de la muerte, pero también contra ella, se puede hallar dicho acceso a un ser original para el otro. La relación con el otro, para Lévinas, aparece junto con el ámbito de pasividad del propio sujeto, pues dicha pasividad es para el otro, dado que es un estado en el que se licúan las rígidas barreras del yo. Es, entonces, posible el “coexistir”. Sin embargo, el espacio en el que aparece lo totalmente distinto no es sino la muerte. La muerte es el momento en el que desaparece el yo, en el que el sujeto se derrumba; la muerte destruye toda iniciativa del yo. Y es un suceso que me resulta ajeno, es su alteridad la que torna mi actividad en pasividad. Sin embargo, el lenguaje de Lévinas involucra la muerte en el poder y la violencia. Pero ante la muerte aparece una esperanza: que la relación con el otro me libere de la soledad.

El último autor que trata es Elias Canetti, quien se centra en la relación entre muerte y transformación, pues afirma que ambas están conectadas internamente:

es preciso darse muerte a sí mismo para que se produzca la metamorfosis. Esta transformación presupone la capacidad de despedirse, de poder olvidar, pues es lo que constituye el final del duelo. Para Canetti, son las metamorfosis lo que mantienen vivo al espíritu. En Canetti, al igual que en Lévinas, la muerte propia queda relegada a un segundo plano en favor de la muerte del otro: no pensamos tanto en nuestra propia muerte como en la del prójimo.

Para finalizar, Byung-Chul Han expone que los dos conceptos básicos de la muerte son la serenidad y la afabilidad: a la primera se llega mediante la toma de conciencia de la muerte. La segunda la define el autor surcoreano como el desplazamiento de la fuerza gravitatoria del ser a lo que no es el yo. Es decir, la afabilidad se suscita cuando uno cobra conciencia de su propia mortalidad, de su finitud.

Diego Solera
dsoler01@ucm.es